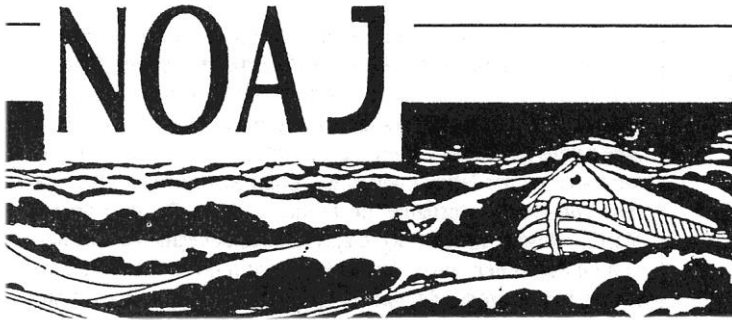




Año II, N°. 2, julio de 1988

Israel, Raquel. "Territorios del exilio". pp. 26-32

Raquel
Israel

Territorios del exilio

*no puedo más –
soy hombre sin haber nacido
quiero caer entero
fuera de mis entrañas
y terminar con las calles
sin camino –
Sergio Enquin, "Caminos"*

El exilio: tema judío por antonomasia. Territorios del exilio jalando su largo y grave andar por las arenas del acá y por las estrellas del allende... Tal vez sea el exilio el auténtico territorio del judío, entre cuatro puntos cardinales abiertos para la reflexión: el mítico, el histórico, el metafísico y el existencial.

I. Lo vivido

Cada reflexión, cada palabra, se arraiga en una vivencia, en una historia individual a la vez banal, humilde y paradigmática, manifestando la Historia circundante como las olas del mar manifiestan el ritmo inmenso del acuoso abismo. Por lo tanto diré algo sobre "mi" lugar en el mundo, el lugar de donde enfoqué el mundo y aprendí a cavar. Nací después de la Guerra, la de Auschwitz y de Hiroshima. Suelo decir que hay un después-de-Auschwitz igual como hay un después-de-la-Torah en la Biblia: algo ocurrió que reveló un elemento temible en la esencia humana, y nunca más los

hombres parecerán lo que antes fueron... De este punto de vista, no me siento conforme con la concepción del "nuevo filósofo" francés Alain Finkielkraut de un "judío imaginario" que usaría el recuerdo de la Shoah como pretexto para inventarse una diferencia. Tenemos que comprender lo imaginario a la manera de Freud, no en tanto que fantasía imaginada, sino que teatro interno en el cual las emociones individuales vienen a expresarse con máscaras y voces ya fijadas desde hace mucho tiempo por los grupos humanos. El nazismo obligó al bimilenario antisemitismo cristiano a poner en práctica su lógica intrínseca: el pueblo de Israel sobra en la tierra, no cabe ni siquiera en Alemania cuya cultura tan exitosamente adoptó – como no cupo en España cuyo destino tan generosamente compartió. Las masacres, las cámaras de gas, los hornos debían ser el último camino diaspórico del Judío Errante, camino a la Nada, la aniquilación, al destierro absoluto fuera del universo humano.

Yo nací en este hueco del después de lo indecible, incomprendible, intransmisible. Nací en este momento de silencio siderado, justito antes del sollozo. En los cuentos familiares, en la mitología particular, había un punto mudo, saturado de angustia: primer territorio de la identidad, secreto, doloroso, prohibido. Más tarde, a los seis años, mi encuentro con el antisemitismo social fue tan convencional que lo resumiré así: un compañero de clase, el agravio de siempre, el silencio cansado de mi madre, la respuesta de mi padre. La olvidé: pero al día siguiente, me pelée gritando que me honraba ser judía. Y luego, la búsqueda paciente, la encuesta sobre el nebuloso contenido de la extraña palabra: "judío". Libros, y entre ellos, el Libro de los Libros, que tanto repite mi apellido, Israel, y lo vincula aristocráticamente con una tierra. Señales de "lo otro": el idish escondido de los abuelos muertos, los dos países

*Raquel Israel
nació en Francia
en 1945 y vivió
durante varios
años en
Cataluña. Reside
en Israel desde
1984. Es
psicoanalista.
Publicó artículos
sobre filosofía en
diversas revistas.
Libro publicado:
Psychanalise
du sacré.*

países de mi infancia, la Francia que tanto afrancesó a mi familia y la España que le proporcionó un refugio cuando la negra tormenta, las dos lenguas, las dos culturas. Montaigne dijo, tan lindamente, que compartir dos culturas significa no compartir enteramente ninguna, relativizarlo todo, situarse en las márgenes de los sistemas redondos, acabados, perfectos.

Y por si acaso esto no bastase, ¡mi pueblecito era catalán y catalanista en tiempos de Franco! era la patria chica del poeta Salvador Espriu y sirvió de decorado a su pieza de teatro “Primera Historia d’Esther”, en la cual catalanes con nombres de letras hebreas proclamaban en catalán la liberación final del pueblo judío perseguido desde Hamán hasta Hitler... Senderos movedizos, enredados, tortuosos, que giraban alrededor del problema de la tierra, en el sentido ibérico, arcaico, campesino: “¿De qué tierra eres?” Me entusiasmaba la literatura francesa, me emocionaban los paisajes mediterráneos, pero me hacía falta algo para que me sintiera “de aquí”, algo sutil, huidizo, este “presque rien”, “casi nada”, que analizó genialmente el gran filósofo contemporáneo judío y francés Vladimir Jankelevitch. Un “casi nada” me hacía decir en ciertos momentos “ellos” en vez de “nosotros”.

Muy joven aún, descubrí a los “judíos del silencio”, a los judíos de Rusia cuya busca de identidad describió Elie Wiesel. E identificándome con ellos, me acerqué a la noción de exilio. Mi lugar primero, primario, era un no-lugar, una ausencia, una nostalgia, una memoria, una llamada, una promesa. Y entre todas las generaciones, la mía tenía la gran suerte de saber que el lugar de su memoria existía geográficamente. Me hundí en los relatos sobre el Estado de Israel como en una mitología viva, y en mi adolescencia me sentí hija de Yehuda Halevi, “el cuerpo en el Occidente y el

alma en el Oriente”. En resumidas cuentas, aprendí que ser judío se aprende, o sea, que el judío es un ser de cultura y no de naturaleza, a quien se puede aplicar lo que Simone de Beauvoir dice para la mujer: uno no nace judío, se vuelve judío. De ahí nuestras modernas paradojas: volver a una tierra después de dos mil años de diáspora, revivificar la antigua lengua, reunificar a un pueblo desparramado por todas las naciones y todas las condiciones, escarmentar la lección de los mitos... Medir todos los parámetros del exilio.

II. El mito

Pocos mitos estriban tan nítidamente el origen y la formación de un grupo humano en el concepto del exilio como lo hace el mito bíblico: la historia particular del pueblo hebreo empieza con el “lej leja” ordenado a Avram, que lo desarraiga de su lugar y hogar, de su mundo primero y primario, de lo natural, heredado, vernacular, fijado y repetitivo, para lanzarlo a la búsqueda de sí-mismo — “¡vete hacia ti!” —, al descubrimiento de un pedazo de desierto ofrecido como prenda y promesa, y a la fundación de una familia cargada de bendiciones para la humanidad. Mito de una ruptura, pues, de un acto de libertad, casi en el sentido que le da a esta palabra la filosofía existencialista de Sartre, de la respuesta humana al llamamiento de lo ideal — Dios, conciencia, afán ético, sueño... —, de la victoria sobre la negra Moira oriental y griega, la cerrada y redonda fatalidad. Con la salida del patriarca fuera de las categorías de lo innato y acostumbrado, brota de nuevo la dinámica histórica puesta en marcha con el exilio inicial y radical de la primera pareja humana fuera del Paraíso. Avraham, el Hebreo, “iv-ri”, que pasa, como el feto, “ubar” de un estado al otro, de la potencialidad a la concretización, de la utopía a la realidad, y que, extrañamente, parece no dejar nunca de pasar. Como si se trata-

se de elevar al ser este modo de estar pasando, de medir los límites de la identidad, nacida en el arrancamiento fuera de lo arcaico y mantenida frágilmente en la errancia. Surgimiento de la conciencia en tanto que experimentación de la falla, del anhelo, de la abertura entre las riberas de certidumbres duras y destinos implacables: el exilio en tanto que acto fundador nos encara con la idea de la falla en tanto que fundamento. En Sartre, el vacío es lo que permite el diálogo interior en la conciencia del ser por-sí. En Freud, el deseo es la marca de lo humano. El hombre se vuelve hombre al desprenderse de los objetos del mundo, al renunciar a su relación fusional con un cosmos matricial, al emerger de lo “mismo”.

Y el exilio fundador se va a repetir en el nivel colectivo: empujados por la carestía, los hijos de Iacov se trasladan a Egipto y, terminado el glorioso episodio de Iosef, sufren la esclavitud, la deshumanización, la masacre, en un marco tremendamente anunciador de Auschwitz. Egipto, **Mitsraim**, — de la raíz “**tsar**”, estrecho: mundo matricial que ahoga, tan inexorable como las crecidas del Nilo y los decretos del Faraón. **Mitsraim** — de “**tsarah**”, cuidado, dolor: gigantesca cárcel, campo de concentración dedicado a construir las fortalezas inexpugnables para las momias reales y las cañas de la desesperanza para los esclavos. Mundo de lo impersonal, de las fuerzas telúricas apresadas para aumentar el poder del hombre, de lo biológico creado en el sexto día, a través de los grandes reptiles que son símbolos del Faraón, de la astrología y de la magia, de lo redondo, parado, eterno, seguro, previsto, inmutable. Al escapar de esta ganga de la Naturaleza, los hebreos, mediante el cruce de otro elemento acuático y matricial nacen en tanto que pueblo y se encaminan desierto adentro hacia la estructu-

ración social, moral y espiritual que entraña la Torah. Lo que subraya que para poder acceder a la Ley y al orden de los Derechos, el pueblo debe haber ya salido de la suprema alienación de la esclavitud y conseguido el estado de libertad. Luego, ya podrá conquistar a la tierra prometida a Avraham: tierra en la cual el pueblo hebreo aún no moró, porque se formó en tanto que pueblo en Egipto, pero que ya añoraba como suya, siendo suficiente nombrarla para crear la situación del exilio. Y sin embargo — otra paradoja — camino a esta soñada tierra los esclavos de ayer recordaron varias veces a Egipto lamentándose por las ollas de carne de las cuales no solían comer!

III. La historia

Resultaría demasiado largo, pesado y monotemático enumerar todos los destierros padecidos por el pueblo judío. Aquí se debe leer de nuevo **La historia del pueblo judío** de Cecil Roth, **El Valle de las Lágrimas** de Ha-Cohen, **Los judíos de España en la Edad Media** de Suárez Fernandez, **El fondo del abismo** de Nathan Hannover, e incluso **Fuera del ghetto** de Jacob Katz. Bastará recordar que los exilios asoman a cada paso de la historia judía, y bajo cada cielo. Exilio fuera de la tierra nacional, repetido dos veces y anunciado muchas más en tanto que castigo divino: itierra rara que vomita a sus habitantes cuando ellos la mancillan por su conducta! Tierra contratada, que asiente o se rebela, a la vez exigente y fiel (tierra-mujer y no tierra-madre, dijo Gordon en la madrugada del sionismo político). Tierra amasada con valores y sueños de profetas, que claman por el derecho del pobre, de la viuda y del huérfano. Tierra cuyos vencedores no son sino las herramientas de Dios. Y nuevamente, cada exilio se presenta como un pasaje, un cambio, un eslabón en el desarrollo de la identidad hebrea, ejemplo de la identidad humana: al volver de Babilonia,

el pueblo logra hacerse cargo de la Ley, y al desparramarse por el Imperio romano, ya puede convertir lo nacional en cultural, y lo ritual en simbólico. Ya puede morar en los cuatro palmos del Libro y del estudio. Ya puede apostar al tiempo, despojado del espacio — construir el Tiempo, dice el filósofo contemporáneo del judaísmo Abraham Heschel, — y sobrevivir por la memoria de una promesa.

La situación ghettica simboliza la condición diaspórica, exiliada, del judío. El ghetto es lugar de exilio dentro del exilio, exilio fuera de lo social, de la sociedad mayoritaria, separación y aislamiento. Pero su barrio hacinado y de ruin aspecto resulta también un territorio en donde perdurar, un albergue para la identidad colectiva. Al mismo tiempo, porque es útil a la sociedad circundante, el judío sale regularmente del ghetto y participa de la vida nacional. Más aún: desempeña el papel de guión entre las naciones, los pueblos, las lenguas, pasando, entusiasta o cansado, de unas a otras, de unos a otros, oriental en Occidente y occidental en Oriente, andante como los caballeros, mil veces utilizado y mil veces echado, según los caprichos del príncipe; consejero de reyes, comerciante, traductor, sabio buhonero... Y las expulsiones se siguen y se multiplican y se repiten: de Inglaterra, de Francia, de Provenza, de España, del Rosellón, de Nápoles... Quizás los expulsados de 1492 fueron los primeros judíos en sentirse doblemente exiliados: de Sión y de Sefarad. Y durante siglos enteros, a veces hasta hoy, la nostalgia del exilio sigue vigente, pero su contenido se desliza de un término a otro. En Constantinopla, los desterrados de España se repartían por los barrios castellanos, gallego, catalán, andaluz, portugués, separados de los barrios de los judíos nativos y griegos. Para ciertos marranos, las identidades se mezclan, se intercambian, se embrollan: se sienten judíos en Es-

paña y católicos en Amsterdam — o al revés. El magistral libro de Yosef Yerushalmi, **De la corte de España al ghetto italiano**, proporciona ejemplos obvios. Y hasta cuando aceptan la más intransigente ortodoxia, los marranos quedan marranos: Henry Mechoulan analiza la formidable influencia de los pensadores españoles en los escritores de Abraham Pereyra, **La certeza del camino**, icuya meta es sin embargo fortalecer la nueva fe judía de los “nuevos-cristianos” de ayer! A la superposición de los exilios, corresponde la de las identidades.

A partir de la Revolución Francesa, cuando por primera vez los judíos gozaron de la ciudadanía en los países en los cuales vivían, la noción de exilio se hizo más privada, hogareña, cosa de opinión o de sensibilidad. Alemán por fuera, judío por dentro, propone Mendelssohn. Es la época de la Ilustración, cuando los judíos empiezan a encontrar posibles lugares de estancia en la tierra y a pasearse por ella más que a huir. Pasan de Europa a las Américas, del ghetto al foro, de sus peculiaridades a las ideologías universales y universalistas: trampas que van a diluir sutilmente su identidad y literalmente a desorientarla, dice Shmuel Trigano: alienaciones inevitables en medio de naciones ajenas y hostiles, dicen los pensadores del sionismo político: crisol de la modernidad del cual la identidad judía saldrá transformada pero intacta, asegura Jacob Katz. Y los judíos pasaron fronteras, pruebas, pesares, sueños y pesadillas. Y en el momento en que se hallaron casi a gusto en las tierras de la tierra, instalados o cosmopolitas, nacionalistas o socialistas, llegó la tormenta más arrasadora de la historia, el infierno inventado por unos hombres para otros hombres, la inmensa boca sin saciar de la Nada. Cuando el exilio se hizo erradicación cósmica de la vida...

IV. Lo metafísico

De todo lo dicho antes, se desprende una postura eminentemente paradójica. Se podría decir, filosóficamente, este movimiento de vaivén en varios niveles conlleva una serie de paradojas que marcan la esencia peculiar del ser-judío. Para mayor claridad, vamos a desgranarlas en pocas líneas en algunos temas privilegiados.

a) El tema del extranjero: Desde la estancia colectiva en Egipto, el judío fue visto como extranjero. Es “de origen judío”, su apellido suena raro, viene de otra parte, a veces habla con acento; y él mismo reivindica una peculiaridad, aunque cuando le cuesta definirla o representarla: aquí volvemos a los modelos sartrianos. Pero al mismo tiempo, él ama al país natal o al país de amparo, es ducho en adoptar sus costumbres y rasgos y profundizar su cultura, y no tiene otra lengua vernacular que la de este país. De este judío hablaron Albert Memmi, Robert Misrahi, Arnold Mandel, y también toda la literatura judeo-norteamericana de hoy. En resumen, ese judío se parece tanto a los demás que se necesita ponerle en la solapa una rodela o una estrella amarilla para identificarlo. El judío es **el mínimamente extranjero**, el más aparentemente semejante. La diferencia del negro, del minoritario étnico, de la mujer, es evidente, mientras que la diferencia del judío escapa al reconocimiento inmediato. No en vano los nazis organizaron en París una gran exposición sobre los rasgos judíos. Y el judío reconocible es siempre mítico: por eso cada antisemita le dice a su vecino judío que él no se parece a los demás judíos.

b) El tema del traidor. De este estado de extranjero y minoritario, se infiere un peligro: lo desconocido es raro, y lo raro, ¿quién sabe? Ya lo dicen los egipcios: si acaso vendrán los enemigos y los hebreos se unirán a ellos... De ahí una diabolización del judío,

también paradójica: el grupo mayoritario, numeroso y poderoso, le tira encima todo lo malo que él mismo no quiere asumir, lo desprecia y lo humilla a causa de lo malo que le atribuye, y acaba por tachar a este ser indefenso de potencia maléfica y por matarlo “en legítima defensa”!

c) El tema del “exilio al cuadrado”, el exilio reduplicado. Sobre su mínima diferencia básica, el judío injerta, para sí mismo, un imaginario del desarraigo, del paraíso perdido — paraíso porque siempre ya perdido, sugiere el psicoanálisis — de la pasada Edad de Oro, de la nostalgia de un allá más feliz. Al igual que Sefarad representa y oculta a Sión, en los exilados un territorio-fantasma viene a menudo a manifestar la insatisfacción humana, los sueños que la vida se llevó, lo abortado, lo esfumado. Entonces es cuando las raíces, los “roots” de moda, se multiplican, se enredan y revisten los colorines del folklore: a este tipo de regresión psicológica pertenecen los relatos, actualmente en boga, de memorias o testimonios sobre la existencia entonces concentrada de un grupo ahora disperso, en un cierto lugar ya transformado. Identidades separatistas, celosas, de la región a la aldea y de la aldea al clan. En las zonas fronterizas, los idiomas borran más aún más los límites grupales: así, Kafka y los judíos de Praga hablaban alemán y checo, pero ni los alemanes ni los checos los aceptaban. Marthe Robert estudia por qué Kafka escribe en alemán — ¡é!, tan nostálgico del desconocido yidish oído de boca de actores ambulantes! —, pese a que los alemanes ya no representaban más del 7% de la población: territorios del idioma que a veces los judíos son los últimos en dejar.

Fragmentaciones, otras, de exilios superpuestos, añadidos, confundidos: los judíos que se refugian en Francia huyendo del nazismo, y a los que los judíos franceses llaman judíos extranje-

ros mientras que los franceses los llaman alemanes; en los Estados Unidos y en Argentina, las organizaciones para oriundos de Polonia o Marruecos —y también, al parecer, por separado, las de los **iordim** israelíes!

d) Finalmente, permanencia del tema del retorno, inseparable del exilio que se mantiene y nutre del recuerdo de la anterioridad y de la tensión hacia el restablecimiento de la misma. De este punto de vista, la diáspora no es sinónimo exacto del exilio: ella es periferia respecto de un centro paradigmático y determinante. Por tanto, la diáspora puede continuar. El exilio es, lo vimos, pasaje, anomalía, paréntesis, falla y conciencia de la falla, nostalgia de lo que falta, promesa de su corrección. La discrepancia entre lo que llamamos “los exilios al cuadrado” y el exilio esencialmente constitutivo de Israel, la condensa la famosa frase en el ritual de Pesaj: “¡El año que viene en Jerusalem!” Porque la repetición sin desesperar de este programa colectivo histórico probaba que la meta de la permanencia del pueblo judío en el exilio seguía siendo, inalterablemente, la vuelta al espacio de los comienzos —y el exilio se deriva, muy precisamente, de tal imposibilidad de olvidar.

V. Lo existencial

Luego tuvo lugar un hecho mítico, histórico, metafísico: el pueblo de antigua memoria regresó a su antigua tierra. Repitámoslo: estamos sintetizando acontecimientos saturados de sentido; no hacemos más que esbozar temas. No todo el pueblo regresó, lo que significa que queda vigente la problemática del exilio, pero con un interrogante sobre lo que lo lleva a perpetuarse, como si fuera mecánicamente, paralelamente al posible logro de su meta. El exilio diaspórico de hoy parece girar en círculo, movido por la fuerza pura de su dinámica. En cuanto a la nueva nación israelí, constituida por esos grupos judíos acudidos desde las distintas cultu-

ras en las cuales permanecieron a veces muchos siglos seguidos, tomando de ellas comportamientos sociales y afectivos, todavía está en proceso de formación. Ello explica la sensación que pueda provocar Israel de ser un conglomerado de grupos sub-culturales separados, sin verdadera imagen colectiva común. A eso se suma, lo hemos dicho, la nostalgia de raíces psicológicas por un “allá y antes” mejor: a este propósito, resulta interesante comprender que aquí se invierte el mito colectivo tradicional de un pueblo judío esencialmente unido pese a su esparcimiento geográfico y lingüístico, y se lo sustituye por un mito clánico, tribal o familiar, anclado en el recuerdo sublimado del territorio diaspórico perdido. El “nosotros los oriundos de...” viene a reemplazar el “nosotros los judíos...” Sobre este tema, se debe leer todo el análisis fenomenológico que desarrolla Robert Misrahi en su ensayo: **La philosophie politique et l'Etat d'Israel**. El autor parte de la constatación de que, en Israel, la “determinación particular”, o sea la peculiaridad identificatoria, ya no es la pertenencia al pueblo judío, que es el rasgo común, sino precisamente los rasgos recibidos de las sociedades mayoritarias que enmarcaron las diversas experiencias diaspóricas. Y esta parte “otra” integrada en la identidad judía es una alienación si se presenta en tanto que esencia.

Resulta obvio que, en la historia judía, la problemática de la identidad no se articula “naturalmente”, espontáneamente, con la del territorio. Los judíos no fueron solamente exilados durante dos mil años: también se sintieron cosmopolitas, habitaron el mundo con gusto y facilidad. La concepción campesina del hombre arraigado en su terruño natal como el árbol en su prado no corresponde ni al mito ni a la historia de Israel. Creo que esto explica la propensión a la **leridá**, a la idea de ir a radicarse afuera



apelan a una justificación trascendental: se trata de cumplir con un mandamiento divino. Lo vemos a las claras con la actual situación política: en Israel, nada resulta evidente, todo tiene que ser reflexionado y reflexivo.

plica la propensión a la **ieridá**, a la idea de ir a radicarse afuera en caso de que el país no cumpliera con el pacto implícito que suponen sus ciudadanos: si Israel es un buen país, si es un país de nivel ético, si realiza la utopía en la cual estriba... entonces merecerá la fidelidad de sus moradores. Nada de nacionalismos aquí, sino una relación de contrato. En ella convergen la idea bíblica y la actitud diaspórica. E inclusive los sectores nacionalistas

El primer número de **Noaj** ya evocó y trató el problema de las lenguas, que acarrea el de la creatividad: meramente añadiré que, llegada a Israel hace tres años, luego de una espera diaspórica que comparo con la marcha de los hebreos en el desierto, me duele pensar que nunca escribiré en mi "vieja-nueva" lengua, en mi lengua nacional aprendida. Cada inmigrante en cada país vive un segundo tipo de exilio, por estar aunque fuera mínimamente, desadaptado respecto de la lengua, de ciertos comportamientos sociales, de ciertos automatismos grupales. Se necesitarán probablemente dos, tres, más generaciones para superar el regusto dulce-amargo de allá, y forjar una realidad a la cual todos están adaptados por no compararla con ningún otro modelo interior. Sin embargo, hay días en que me paseo por Tel-Aviv, y la siento mía, y me alegro de conocerla más y más. Los sueños se esfuman y la realidad se hace familiar: ¡buena señal! Nunca estaré totalmente acá, lo sé, pero nunca habría podido ser totalmente de otro lugar. Vamos a echar raíces por la cabeza.

Con la autonomía nacional, que es la responsabilidad colectiva y libre de un pueblo por su destino, van a brotar cada vez más auténticamente los valores nuestros traídos por todas las rutas del mundo. Tal vez siempre nos sintamos algo exilados, de lo ideal, de lo mesiánico: pero ¿y si este andar valiente fuese el único territorio genuino de lo humano?

¡Extraña experiencia! La de un pueblo echado por todos los caminos del exilio como si fuera a recoger todas las modalidades del ser humano y que, al reconcentrarse en su centro, reunifica lo universal, cumpliendo entonces otra paradoja más con su extrema peculiaridad, su proyecto inicial dictado por el Dios bíblico "asher bajar banu mekol ha-amim", quien eligió en nosotros algo de todos los pueblos...